

ciones Unidas, Belice consiguió 139 votos a favor de su autodeterminación, y el 21 de septiembre de 1981 declaró su independencia.

Complementado por una cronología comparada, una relación de los gobernantes de Belice y una amplia bibliografía —para cada capítulo y en general— el libro de Mónica Toussaint nos conduce, a través de una prosa ágil, al conocimiento de un país joven: Belice, desconocido por muchos no precisamente por su pequeñez geográfica sino porque su historia, como dice el título del libro, ha sido “una historia olvidada”. Es por eso que la autora la recobra en este texto y la pone al alcance de quienes quieren recordar la existencia de Belice, una existencia libre, alcanzada a partir de la lucha constante de su pueblo, y que aparece ante nosotros para ser reconocida.

Ma. Del Consuelo Rodríguez  
INSTITUTO MORA

Antonia Pi-Suñer, *El general Prim i la cuestió de Mexic*, Comisió Amèrica y Catalunya, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1992.

Este libro, publicado en catalán como parte del considerable esfuerzo editorial realizado en España con motivo del V centenario del descubrimiento de América, no ha encontrado aún su editor en México. El hecho es de lamentarse porque la obra de Antonia Pi-Suñer aporta nuevos conocimientos acerca de la personalidad del general Juan Prim y Prats, glorioso militar español de ascendencia catalana, cuya actitud

fue decisiva en el desbaratamiento de la intervención tripartita en México en los primeros meses de 1862.

Abordar el tema de las relaciones del general Prim y de México es abordar un capítulo de la historia mexicana, española y europea en el cual parecía imposible aportar algo nuevo. Ya se había escrito mucho, en el siglo pasado y en el presente, acerca del papel “determinante” que ocupó aquel personaje en el desarrollo de la intervención anglo-franco-española, a la que la nación mexicana hubo de enfrentarse al final del año de 1861, después de declarar la suspensión del pago de su deuda externa.

Como es sabido, la intervención tripartita, aunque hábilmente desactivada por Prim, comisionado del gobierno español en esta empresa, desembocó en la guerra de intervención francesa y en la posterior instalación en México del fugaz imperio de Maximiliano de Habsburgo. Con ello, se prolongó por cinco largos años la situación de guerra intestina que vivía el país desde 1858 e incluso, desde 1854, si incluimos en este proceso la revolución de Ayutla, verdadera generadora de la Constitución de 1857. Fue por lo tanto una larga secuencia de acontecimientos internos, la que configuró el enfrentamiento cada vez más radical entre mexicanos liberales y conservadores. Éste desembocó en la guerra civil llamada de Tres Años, concluida por el decisivo episodio militar de Calpulalpan que logró desmembrar al ejército conservador y dispersar a sus mandos sin arrasar totalmente con las fuerzas reaccionarias, las cuales permanecieron dispersas en un estado de semialzamiento constan-

te. El partido conservador, incapaz de conseguir con las armas una victoria clara, recurrió a las negociaciones diplomáticas para buscar apoyos externos, brindando a las potencias coloniales europeas un excelente pretexto para entrometerse en el suelo americano e intervenir en el territorio más codiciado de la ex América española.

La muerte trágica del general Prim, acaecida en Madrid a los pocos años de restablecerse el gobierno republicano en México, conmocionó a la opinión liberal nacional y aureoló de un prestigio dramático a este militar y político afamado. Su asesinato a manos de tres individuos que le dispararon a quemarropa a la salida de las Cortes, en diciembre de 1870, conformó una caracterización romántica de su figura, acorde con la sensibilidad aún predominante por aquellos años; y afianzó, por lo menos en la historiografía mexicana, su percepción como la de un "generoso" caballero español que supo apoyar al país "débil" —México— para defenderlo del ataque alveoso de las potencias europeas.

El mérito de la obra de Antonia Pi-Suñer, que deriva de una tesis de doctorado en historia presentada en la UNAM, consiste en presentar de una manera amena y clara una información amplia, sólida y precisa. Por este motivo, los lectores que se acercan al libro con intereses diversos de un lado u otro del océano, encuentran en él datos novedosos acerca de los antecedentes personales y políticos del personaje central, acerca del contexto político en que se planteó en España la "cuestión de México", y acerca de la manera como esta problemática, en la que Eugenia de Montijo y su madre

jugaron un papel relevante, fue extendiéndose hacia la corte francesa complicando la enredada madeja de las relaciones políticas entre las principales potencias europeas y las de éstas con la nueva potencia americana emergente.

Confluencia de ambiciones y de impotencias podría llamarse este asunto de México, que marca el verdadero ocaso de las ambiciones europeas en el control del mundo americano y que coincide con el surgimiento incontenible del poderío económico y político de Estados Unidos de América, un país llamado a ocupar en la economía y la política mundial el lugar preponderante que se conoce hoy, y cuya pugna consistía, por aquellos años, en afirmar sin ambigüedades, frente a la vieja Europa, centro de los imperios mundiales, la autonomía de su poderío y de su influencia en el nuevo continente.

El libro presenta, con una sultura narrativa poco usual en los estudios de historia económica, el bosquejo de los antecedentes de la deuda española: es decir la deuda que los sucesivos gobiernos mexicanos reconocieron haber contraído con ciudadanos españoles. Al hacerlo presenta un panorama del mundo del agio hispano-mexicano, cuyas maniobras se combinan con los asuntos de nacionalidad —española o mexicana— que aducían, según convenía a sus intereses, los principales actores de esta tragicomedia de la avaricia y de la mala fe que fue en México por más de treinta años la cuestión de la deuda española.

Recabando datos procedentes de los archivos diplomáticos en México y en Europa y frecuentando el Archivo de Notarías de la ciudad de México, la

autora que maneja también la información existente en la prensa española de la época, ilumina algunos aspectos relevantes sobre el tema, haciendo patente la poca capacidad del personal diplomático entonces destinado a México por la corona española. Asimismo pone de manifiesto el verdadero zangoteo de instrucciones contradictorias al que estos personajes prejuiciados fueron sometidos; ello como consecuencia de la inestabilidad política entonces imperante en Madrid, agravada por las variaciones de la política mexicana, política no menos contrastante que la española, y sin contar los efectos, en ocasiones perversos, de la tardanza de las comunicaciones marítimas entre los dos continentes. Éstas conocieron una sensible mejoría con la creación de rutas regulares de vapores; pero no fue sino hasta 1864 cuando se produjo una radical transformación con la instalación del primer cable submarino de transmisiones telegráficas entre el viejo y el nuevo mundo. La transformación afectó además la orientación de la comunicación en todo el continente haciendo de la ciudad Nueva York el nudo vital de la información.

La obra subraya también la verdadera internacionalización de sus negocios llevada a cabo por los principales agiotistas hispano-mexicanos. Pedro Carrera, por ejemplo, que no solamente transportaba de un continente a otro fuertes capitales evadiendo todo impuesto, sino que se dedicaba, de ambos lados del océano, a circunscribir a los personajes del poder, figuras reales y presidentes, jefes de Estado, ministros y diputados influyentes, con

el fin de usar el aparato diplomático o administrativo de los Estados para su provecho particular. Se hace palpable la fuerza del dinero, como motor solapado de la maquinaria política, rasgo tan característico del siglo XIX.

En cuanto a los vericuetos del mundo diplomático que forman la tela de fondo del universo estudiado, quedan claramente plasmadas las relaciones cautelosas de las potencias europeas entre sí, a pesar de la clara desigualdad entre Francia y Gran Bretaña, pujantes ambas, contrapuestas a una España rezagada y de aliento incierto. Cautela fundada en las peripecias de una larga experiencia histórica, pero reforzada por la inquietud común ante el formidable poderío económico que venía despuntando en los Estados Unidos Americanos, aun cuando los dividiera, momentáneamente, la guerra civil entre los esclavistas del Sur y el resto de la confederación. Cautela rayana en la precaución, sobre todo por parte de Inglaterra, deseosa de no complicar sus relaciones con un proveedor indispensable al buen funcionamiento de sus fábricas de hilado de algodón, unidas de tiempo atrás, como otras fábricas textiles de Europa, entre ellas las francesas, al trabajo de los esclavos negros de las inmensas plantaciones del Sur.

La autora se adentra igualmente en el clima político de las décadas 50 y 60 del siglo XIX en España, oscilante entre el impulso republicano y un monarquismo constitucional reticente, animado por partidos políticos vehementes en pugna por el poder. En este marco atropellado se va construyendo la figura de Prim, hijo del pueblo, valiente militar, partidario de las ideas de

libertad y al mismo tiempo sostenedor de la monarquía, elevado al rango de conde, por una reina de trece años —Isabel II—, cuando ésta, todavía una niña asustada, ascendió al trono. Hombre de mundo, festejado en la corte, Prim encarna durante una parte de su vida y de una manera ejemplar las posibilidades de ascenso social en un mundo abierto al mérito; pero con la “cuestión española” se vuelve, o trata de volverse, más que un hijo querido de la fortuna, una voz de la conciencia política española, dibujando en torno a este tema su perfil de liberal intransigente. Alcanza de este modo un peso político considerable que explica el atentado del que finalmente cae víctima en el marco de una Europa sacudida por la confrontación de las ideologías y los inicios del terrorismo político.

La trayectoria cosmopolita de Prim y sus relaciones en París con un grupo de mexicanos relevantes, no sólo tendrán una fuerte incidencia sobre su vida privada puesto que el conde de Reus acabará casándose con Francisca Agüero, rica heredera mexicana residente en la ciudad luz, sino que allí tendrá oportunidad de tratar con algunos liberales mexicanos que le proporcionarán informes veraces acerca de la situación política imperante en México, esa codiciada nación que toda Europa veía entonces, gracias a los escritos del barón Von Humboldt, como una comarca privilegiada aunque arrastrada hacia el desorden por la anarquía política.

Al tocar este aspecto de la vida de su personaje la autora aborda un tema digno de mayor desarrollo: el de esta

comunidad de mexicanos en el extranjero, muy particularmente en París, que reunió tanto a intelectuales con cargos diplomáticos, José María Luis Mora o Francisco Modesto Olaguíbel por ejemplo, como a ricos hispanoamericanos avocados en las grandes capitales europeas que tenían por la vía de sus negocios una poderosa influencia en ambos lados del océano.

La familia Echeverría-Agüero, estirpe de ricos comerciantes jalapeños, muy ligada al Consulado en los tiempos últimos de la colonia y en los primeros lustros de vida de la nación independiente, tenía estrechas conexiones con el mineral de El Fresnillo (Zacatecas), considerado hacia 1840 como una de las minas de plata más moderna y próspera del mundo. A través de la ubicación de esta familia, encabezada en París por la madre de Francisca, futura esposa de Prim, el libro nos descubre un grupo de ricos emigrantes cuya inserción en los círculos mundanos, facilitada por la abundancia de dinero, se convertirá pronto en cercanía con los círculos aristócratas algo zarandeados por las revoluciones europeas pero todavía activos en muchas decisiones políticas a pesar de hallarse en ocasiones venidos a menos.

Hay que profundizar en el estudio de estos gupos y en su influencia en la política mexicana de la primera mitad del siglo XIX. ¿Cómo apreciar la importancia de un Andrés Ocegüera, por ejemplo, oficial de la Legación Mexicana en París donde residía desde 1847, quien pronunció en París, en 1850, la oración fúnebre de José María Luis Mora? Siendo este mismo Ocegüera el que el general Comonfort elevará al rango

de secretario de la Legación, y el que acogerá en la capital francesa a José María Lafragua, en el curso de su misión diplomática, para tratar de remediar la ruptura de las relaciones diplomáticas con España suspendidas en México por Pedro Solera, el encargado de negocios español. También fue Ocegüera quien preparó la estancia en la Escuela Militar francesa del joven Leandro Valle, enviado a Europa, por su calidad de brillante alumno del Colegio Militar, para enterarse de todo lo novedoso en el arte de la guerra. Y seguirá siendo Ocegüera quien, al quedar cesante, cuando el gobierno de Miramón designe a Almonte ministro plenipotenciario en la corte de las Tullerías, reanude su actividad de periodista publicando en París y Madrid artículos en defensa de la posición liberal mexicana.

¿Cómo valorar la influencia de un José Segundo Flores, miembro como Ocegüera del *Círculo Liberal Mexicano de París*, quien publicó en español artículos hostiles a la implantación de una monarquía en México pero favorables a “una dictadura eficaz y severa, con total libertad moral” y que era, como lo rastreó Antonia Pi-Suñer, un amigo personal de Prim?

¿Qué decir de la guerra de folletos desatada entre París y Madrid con el pretexto de la “cuestión de México”, y orientada a conquistar la “opinión pública” para inclinar la decisión de los gobernantes, temerosos de reacciones públicas aceleradas, en favor de una u otra posición? En ella se inscribió el opúsculo que José María Lafragua publicara precisamente en París, presa del despecho por haberle sido negada una audiencia real en la corte de Ma-

drid a donde lo había enviado, en son de paz y con rango de ministro plenipotenciario, el presidente Comonfort. Asimismo marcan las etapas del conflicto un libelo como el titulado: *Algunas indicaciones acerca de la intervención europea en México*, atribuido a José Manuel Hidalgo, secretario de la Legación Mexicana en Madrid, pero probablemente salido de la pluma de Almonte, o como el llamado *La cuestión mexicana y el conde de Reus*, que traslada hasta la capital francesa las pugnas entre los partidos políticos españoles.

Queda por estudiar la actividad política de este grupo de méxico-hispanos de París y su influencia sobre la evolución ideológica de una fracción del partido liberal de México, en aquellos días nada despreciable. Actividad sin duda ligada a la importante producción editorial en idioma español en la ciudad luz, otro tema ignorado hasta ahora por los estudiosos de la historia decimonónica.

Entre las aportaciones del trabajo de Antonia Pi-Suñer debe señalarse el interés por las personalidades femeninas que rodearon al general catalán. Limitado al ámbito privado, el papel femenino queda opacado respecto a los grandes episodios de la historia colonial, militar y política de España o a los momentos álgidos de las negociaciones de La Soledad. Sin embargo las notaciones discretas como las relativas a la avidez de la madre y su ambición de poder satisfecha por delegación en la persona del hijo, o a la hostilidad tenaz de la futura suegra a los amores de su joven hija con el militar cuarentón, dejan percibir más allá del héroe “caballeresco y romántico”, general-

mente evocado por la historiografía mexicana, a un hombre realista, pragmático, perseverante que sostiene con decisión criterios propios, aun cuando difieran de los imperantes en los círculos de la elite política con la que alternaba tanto en París como en Madrid.

El interés personal que tenía Prim en lograr un arreglo pacífico de la "cuestión española" y de los asuntos de la deuda es puesto al descubierto en el libro de Antonia Pi-Suñer que expone la tambaleante situación económica en que se hallaba el conde de Reus en los días previos a su salida para Veracruz, y lo oportuna que resultó para él y su gastadora madre, la disolución de la firma Agüero-González en la cual estaban involucradas fuertes cantidades pertenecientes a su esposa y a su suegra. Disolución relizada justamente en los días de su estancia en México y en la cual tuvo que ver José González Echeverría, pariente político del comisionado español, que el gobierno de Juárez había nombrado hábilmente entre los negociadores de La Soledad.

Esas consideraciones prácticas no disminuyen en nada la inteligencia de Prim, quien supo entender los peligros que acarrearía para la corona española el lanzarse en una riesgosa guerra de intervención, y apreciar el peligro que entrañaba, para el único vestigio del imperio colonial español en América, la isla de Cuba, el prestarse a las manipulaciones francesas.

El liberal catalán supo intuir la dinámica que conduciría finalmente, en 1898, a la sangrienta guerra de Independencia cubana, en la cual se involucraría descaradamente Estados Unidos, conservando hasta 1902 un dominio di-

recto sobre la más grande de las islas descubiertas cuatro siglos antes por Cristóbal Colón y dejando exhausta y amargada a la España del fin de siglo.

Un libro tan nutrido de información como el que reseñamos, abre pistas de investigación como se ha mencionado; pero también deja puntos sin tratar o sin tratar tan completamente como merecerían. El lector desearía saber más sobre problemas tan esenciales en la vida del siglo XIX como el del liberalismo en sus diferentes matices, el monarquismo como forma de gobierno preferente y entonces imperante en Europa, la explotación económica de los países americanos recientemente independizados, entre los cuales figuraba México y los encajes de la alta diplomacia entre las potencias europeas. Sin embargo al acabar la lectura de *Prim y la cuestión de México* la sensación que conserva el lector es que la figura del conde de Reus no era tan bien conocida como se creía y que en un asunto tan estudiado como la intervención tripartita en México faltaban todavía cosas que decir. Es oportuna hoy esta relectura del papel de Prim en la intervención tripartita en México, porque distinguimos qué tanto supo entonces anticiparse a una doctrina hoy reconocida por la mayoría de los Estados del mundo y por los grandes organismos internacionales: la del respeto a las soberanías nacionales.

Aun cuando al tomar su decisión de romper la alianza tripartita y de renunciar en nombre de la corona española a intervenir en México, Prim haya actuado más en función de un sentido pragmático personal que con base en una loable penetración histórica, si-

gue siendo un hecho relevante que haya actuado a favor del principio de la no intervención. Así lo reconocían Benito Juárez y los liberales mexicanos llamándole "leal caballero", y así lo reconocen sus paisanos catalanes de hoy concediéndole una representatividad liberal que los contemporáneos, quizá, hubiesen vacilado en atribuirle. Pero esto es harina de otro costal y una, entre tantas, paradojas de la historia.

Nicole Giron  
INSTITUTO MORA

*Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquios de análisis historiográfico)*, introducción, edición e índice de Álvaro Matute, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1992, 260 pp., México (Serie Historia Moderna y Contemporánea/24).

En un intento por desentenderme de la formalidad que implica acercarse a un libro, leerlo cuidadosamente y aplicarle el rigor del análisis, me propongo aventurarme en los terrenos de su comercialización como producto. Ver el libro como un objeto atractivo, gracias a la sabia decisión del equipo editorial del Instituto de Investigaciones Históricas que decidió experimentar nuevas formas de presentación y dejar atrás la extrema austeridad de la mayoría de las publicaciones universitarias; asequible (sin apariencia de ser muy caro), legible (no es muy grueso), con buena letra y, por fin, abrirlo. Hacerlo con el interés de quien quiere averiguar qué es eso de *Historiografía es-*

*pañola y norteamericana sobre México*, descubrir tras la lectura de sus primeras páginas que, lo que en adelante se ofrece, es una suma de miradas sobre una suma de visiones; y que es el fruto de una cosecha recogida años atrás, en el seno de unos coloquios de historiografía, debidos al empeño de muy pocos y a la dedicación de otros tantos.

La elección de esta forma de aventura me permite transmitir a los posibles compradores mis impresiones de principio a fin, no sin antes decirles que, por la nómina de autores, el asunto parece relevante. El punto de convergencia es la pasión por la historiografía y, como queda expresado en la introducción, hay plumas más expertas que otras; y por último, el índice denota ya una de las características de esa especialidad que es la historiografía y que puede ser abordada por diversas puertas: el historiador, la obra, el asunto, la temática, el personaje.

A pesar de esa diversidad regreso a la intención de leerlo como un libro. De entre las muchas cosas que me dice elijo las que me resultan importantes.

La primera parte se destina a los trabajos de españoles sobre México, y es que, con España, la distancia es mayor pero la relación más entrañable y más antigua.

Antonia Pi Suñer abre plaza y me gusta que pronto, a propósito de las razones de Benito María Moxó para escribir sus *Cartas Mejicanas*, apunte como la primera, una de la que nos sentimos hoy ayunos: el ocio, "el ocio que padecía durante la espera para que se le designase un nuevo destino". Ocio combinado con afán de reivindi-